

Los orígenes de la ética y la ética del psicoanálisis como compromiso¹

Facundo Blestcher², Buenos Aires

“El hecho de que los seres humanos sean crías destinadas a humanizarse en la cultura marca un punto insoslayable de su constitución: la presencia del semejante es inherente a su organización misma. En el otro se alimentan no sólo nuestras bocas sino nuestras mentes; de él, recibimos junto con la leche, el odio y el amor, nuestras preferencias morales y nuestras valoraciones ideológicas. El otro está inscripto en nosotros, y esto es inevitable”.
(BLEICHMAR, 2005a, p. 8)

En su conferencia “La psicoterapia analítica como lugar de producción simbólica”, en el marco de una jornada sobre el cambio psíquico realizada en Montevideo en 2004, Silvia Bleichmar se preguntaba:

[...] ¿qué tiene hoy para ofrecer el psicoanálisis?, ¿qué puede aportar al sufrimiento humano del siglo XXI? Vale decir, ¿hasta qué punto nuestro pensamiento, nuestras teorías, nuestras

1 Conferência proferida na Jornada Anual de 25 anos da Constructo Instituição Psicanalítica.

2 Psicanalista. Mestre em Clínica Psicanalítica. Profesor universitario en Argentina, Brasil y Uruguay. Miembro del Consejo Asesor del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Past President de FLAPPSIP (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoanálisis y Psicoterapia Psicoanalítica).

maneras de encarar el sufrimiento, nos permiten enfrentar los problemas que aborda la subjetividad del siglo XXI? [...] ¿Cómo operar en el marco de un proceso analítico que pueda al mismo tiempo incrementar la simbolización sin rigidizar la defensa? [...] Lo cual podría ser formulado también en los siguientes términos: ¿Cómo incrementar las posibilidades de la productividad psíquica evitando, al mismo tiempo, los riesgos a los cuales se ven sometidos nuestros pacientes, en particular cuando se confrontan a procesos de deconstrucción psíquica? (inédito).

Estas interrogaciones conservan plenamente su vigencia y resultan provocativas, a pesar del tiempo transcurrido desde su formulación. Y para quienes inscribimos nuestra praxis en una serie de las generaciones en la que Silvia Bleichmar constituye una referencia fundamental de nuestras filiaciones, deviene una exigencia de trabajo teórico y de refinamiento de nuestras herramientas clínicas para la mitigación del sufrimiento psíquico de las personas que nos consultan.

Sabemos que las presentaciones clínicas del padecimiento psíquico adoptan formas que nos enfrentan constantemente con los alcances de nuestras teorías y las limitaciones de nuestro método: trastornos que dan cuenta de fallas parciales o globales en la constitución psíquica, dificultades en la estabilización sintomática, compulsiones y pasajes al acto producidos por desregulaciones de la economía psíquica, intentos de supresión tóxica del dolor, estados de angustia masiva que no logra formas de enlace, déficit en los procesos de simbolización que dejan al sujeto librado al efecto desligante de la pulsión de muerte. La emergencia de la excitación desamarrada de los sistemas representacionales resulta disruptiva por la insuficiente elaboración psíquica y se anuda con la dimensión del traumatismo a la que el sujeto queda fijado en una repetición que lo excede:

El psiquismo tiene un entramado simbólico que permite o no el ingreso de ciertas significaciones, sobre todo, de aquellas que lo pueden poner en riesgo. El impacto que produce en él lo absolutamente desconocido y amenazante es del orden de lo que no encuentra entramado simbólico. (BLEICHMAR, 2011, p. 410)

Sosteniendo la motivación libidinal del padecimiento anímico y sus determinaciones intrapsíquicas, no podemos tampoco desconocer la incidencia de las determinaciones históricas como uno de los polos que participan del conflicto o como factores que intervienen en la cristalización de sus fallas. Los procesos de elaboración requieren de un trabajo de recomposición del entramado psíquico:

[...] los empobrecimientos psíquicos, las cicatrices queloides del psiquismo, efecto de traumatismos, los modos de compulsión y rechazo, dan cuenta de formas de contrainvestimento que no logran organizar. Por eso el problema no pasa por la condena del acto en análisis ni por la interpretación, sino por la recomposición de las cantidades a partir de su ligazón en otros ensamblajes significativos. (*ibid.*, p. 563)

Estas encrucijadas clínicas no son ajenas a la cuestión de la ética, tanto en su dimensión subjetiva como en la orientación de nuestra praxis. La problemática de la ética se desarrolla en la obra de Silvia Bleichmar siguiendo su teorización del sujeto psíquico, rastreando las condiciones de su instalación y examinando sistemáticamente las concepciones psicoanalíticas sobre la construcción de las legalidades y articulando las condiciones para su instalación en las ligazones amorosas que precozmente organizan el enlace al otro y su posterior consolidación en las instancias ideales.

Esta exigencia de situar los orígenes de la ética no se funda solamente en la necesidad de una comprensión de los procesos de fundación de la tópica psíquica, sino que se apuntala en la necesaria recomposición de la trama social fracturada por los acontecimientos de nuestra historia reciente. Su elaboración conceptual se imbrica con el impacto provocado en Argentina por la llamada *crisis de 2001*. Silvia Bleichmar exploró el proceso de desmantelamiento de la subjetividad entonces producido (2009), identificando las formas del *malestar sobrante* que sometieron a los sujetos a un excedente de sufrimiento “[...] que no remite sólo a las renunciaciones pulsionales que posibilitan nuestra convivencia con otros seres humanos, sino que lleva a la resignación de aspectos sustanciales del ser mismo como efecto de circunstancias sobreagregadas” (2005b, p. 17). Ya que este malestar “[...] está dado, básicamente, por el hecho de que la profunda mutación histórica sufrida en los últimos años deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite, de algún modo, avizorar modos de disminución del malestar reinante” (*ibid.*, p. 18), las formas de la violencia que emergieron, asociadas a la impunidad y al resentimiento por acumulación de promesas incumplidas, pueden verse como efectos del brutal proceso de desubjetivación, fractura del contrato social y reducción de la ética a la pragmática (Bleichmar, 2006a). Más allá de las vicisitudes históricas de aquel momento, esta perspectiva de análisis brinda coordenadas de comprensión para los traumatismos y padecimientos propios de nuestro presente.

Premisas de constitución de la ética en el sujeto psíquico

En tanto el psiquismo se constituye a partir de la acción sexualizante y narcisizante del adulto sobre el niño, el otro se halla presente desde los orígenes, ya sea como instituyente de la sexualidad o como propiciador

de las ligazones capaces de producir derivados. Las condiciones mismas de instalación de la ética pueden rastrearse en el *narcisismo trasvasante* del adulto (BLEICHMAR, 2000), capaz de investir a la cría religando la excitación inscripta por la implantación pulsional. Esto guarda relación con

la capacidad ligadora que el otro instauro, con la posibilidad del otro de reconocerlo como semejante, y al mismo tiempo, como alguien distinto [...] Alude precisamente a la capacidad del adulto de ubicar una imagen totalizante en el niño, trasvasada de su propio narcisismo [...] La idea de narcisismo trasvasante alude a la necesidad de que esté presente el narcisismo para poder narcisizar al niño [...] Es precisamente el narcisismo trasvasante el que permite equilibrar los cuidados precoces y simbolizar al otro como humano”. (BLEICHMAR, 2011, p. 71 y 91)

Este desdoblamiento de la función del otro es propuesta por la autora como la fuente de toda constitución posible del sujeto ético, en la medida en que supone el reconocimiento ontológico del infantil sujeto como semejante y simultáneamente diferente. De esta manera, [...] “el sujeto no queda capturado por una sexualidad desorganizante que el otro le inscribe, sino que empieza a constituirse en un entramado simbólico que lo des-captura, tanto de la inmediatez biológica como de la compulsión a la que la pulsión lo condena” (*ibid.*, p. 22).

Los primeros rehusamientos pulsionales del niño –entre los cuales el control esfinteriano adquiere un sentido ejemplar– corresponden a los movimientos que precozmente organizan la ética, en la medida en que comportan renunciaciones que se efectúan por amor al adulto que demanda. Se advierte, desde la infancia, un posicionamiento del sujeto en una doble intersección: con relación a sus mociones pulsionales, atravesadas por una ajenidad radical a partir de la instalación de la represión originaria que las sepulta al inconciente; y con respecto al semejante, cuyo estatuto de tal

solo puede configurarse a partir de una diferenciación tópica que dejara incognoscido el carácter residual de sus pulsaciones primarias.

Ética, rehusamientos pulsionales y constitución de las instancias ideales: una revisión necesaria

Establecer las bases de la ética en la instalación de los rehusamientos pulsionales primarios a partir del amor al otro permite explorar los antecedentes de la renuncia edípica que dará origen al superyó y a las instancias ideales. El temprano surgimiento en el niño de modos identificatorios con el semejante y el reconocimiento del daño o sufrimiento que sus acciones pueden producir se hallan en la génesis de los primeros esbozos de la culpabilidad.

Silvia Bleichmar reformula una serie de cuestiones centrales de la teoría psicoanalítica en las que se anudan la conformación del superyó y de los ideales con las problemáticas de la interiorización de las legalidades, el impacto subjetivo de las normas, las concepciones relativas al sepultamiento del complejo de Edipo y la ética misma de los analistas. Abandonando la pretensión de exponer en detalle sus tesis y desarrollos al respecto –para lo cual remito a la lectura de su obra–, es posible puntuar una serie de aportes que inauguran diferentes líneas de trabajo:

La instauración de la ética precede a la estructuración del superyó como instancia en la infancia: como se ha planteado, la ética no es meramente residual a la renuncia edípica, sino que “[...] el sujeto ético se constituye ya en los orígenes, en los tiempos en los cuales se empiezan a producir las renunciaciones al goce como una forma de ceder lo autoerótico en función del amor del otro” (BLEICHMAR, 2011, p. 513). La ausencia de rehusamiento al goce, los modos de ensamblaje entre sadismo, narcisismo

y crueldad, la desubjetivación del otro tomado como puro objeto parcial para la satisfacción sexual, la dominancia de funcionamientos psíquicos desligados que propician la compulsión permiten el abordaje de complejas problemáticas clínicas y la revisión de categorías como “perversión” y “psicopatía” en su pertinencia y alcances.

Deslinde entre los orígenes del ideal del yo y la conciencia moral: el rastreo de los orígenes del ideal del yo permite su articulación con la estructuración narcisista, mientras que la conciencia moral se asocia a la instauración del superyó y al eje de la culpa. Este distingo aporta un esclarecimiento psicopatológico en tanto “[...] el conflicto entre el yo y la conciencia moral da origen a la culpabilidad, mientras que el conflicto entre el yo y el ideal del yo tiende a la melancolización y al colapso narcisista” (*ibid.*, p. 511). Asimismo, resulta de interés el relevamiento de las diferentes concepciones que se desarrollan en la obra de Freud con respecto a la instauración de la culpa y de la moral, ya sea desde la teoría del parricidio o de la castración, con sus divergencias y tensiones.

La transmisión de la ley como ley impregnada sexualmente: la construcción de legalidades y su inscripción no se produce por una pura articulación discursiva, desencarnada del sujeto que ejerce la pauta, sino por el hecho de que el agente mismo está atravesado por fantasmas en el momento en que transmite la ley. En la instauración de las legalidades se filtra el fantasma del adulto y se abren diversas alternativas en la constitución subjetiva del niño, tanto en términos de identificación como de participación de los enunciados de la ley en la fundación del deseo. Esta consideración conduce a deconstruir la representación estructuralista del padre de la ley y la madre narcisista, para situar que

“[...] es imposible la transmisión de la ley sin que se juegue ese doble aspecto, que es, por un lado, la instauración de la norma

y, por el otro, la producción de fantasmas sexuales, en la medida en que la transmisión no es neutral y además está atravesada por figuras que tienen relación con modos de libidinización mutua” (*ibid.*, p. 512)

Importancia de la comprensión de los sentimientos negativos por su relación con las condiciones de instauración de la ética: habiendo sido poco trabajados en su especificidad y espesor metapsicológico, la posición del sujeto con respecto a los *sentimientos negativos* permite cercar las formas que adopta la representación de la relación al otro y los destinos de las mociones pulsionales que se agitan en la dinámica intersubjetiva. Los sentimientos que emergen a partir de la frustración de la fantasía de completud omnipotente del otro y del deseo de colmamiento que presupone –y sus modos de significación–, dan cuenta de la particularidad del odio, la envidia y los celos, tanto en la experiencia subjetiva como en el interior mismo de la situación analítica.

Revisión del complejo de Edipo y su relación con la constitución del superyó y la instauración de las legalidades: explicitar los prerequisites de la construcción del sujeto ético obliga a examinar una concepción del complejo de Edipo saturada de enunciados que corresponden a un modo de producción de subjetividad histórico, para recuperar su significatividad y la vigencia de su conceptualización:

Es ya insostenible el furor estructuralista que termina superponiendo estructura edípica con constelación familiar, en razón de una diferenciación de funciones en la cual cada uno de los miembros intervinientes se presentan sin clivaje. El aporte de una estructura de cuatro términos tiene ventajas cuando es comprendida como modelo, y desventajas cuando se pretende su traslado a la realidad encarnada por sujetos psíquicos. Que el superyó sea patrimonio de la identificación al padre no puede

ya sostenerse en la idea de que su proveniencia sea efecto de la presencia de un “hombre real” – padre, abuelo, tío o lo que fuera –. Padre, si se conserva como función, es una instancia en el interior de todo sujeto psíquico, sea cual fuere la definición de género que adopte y la elección sexual de objeto que lo convoque”. (BLEICHMAR, 2006b, p. 2-3)

El Edipo es reformulado en términos del acotamiento que cada cultura ejerce sobre la apropiación del cuerpo del niño como lugar de goce del adulto. La asimetría de saber y poder entre adulto y niño redefine la función de construcción de legalidades y hace necesaria una revisión de las nociones de “función paterna” y “Nombre del Padre”. Su importancia reside en la función terciaria de un separador que impone sobre el adulto la renuncia a la apropiación del niño, más allá de la adherencia a las formas tradicionales de la familia y a la homologación entre ley y autoridad.

La conformación del superyó, a partir de un retrabajo de la autora sobre las diferentes vertientes de la obra freudiana, reclama considerar a sus enunciados como imperativos categóricos, y no como imperativos hipotéticos sostenidos en una razón pragmática –tal como se desprendería de la teoría edípica de la castración–. Más allá de la teoría sexual infantil y de la fantasmaticación que la acompaña, la castración conserva su valor en sentido ontológico.

El psicoanálisis en el marco de una ética del semejante

Silvia Bleichmar establece un distingo entre la ética del analista en tanto sujeto social y la ética que remite a la aplicación del método. Para ello, se

plantea la diferencia entre moral – en tanto histórica – y ética – como del orden de lo trascendente –, afirmando que

[...] la práctica psicoanalítica no es ajena a una ética, la que atañe a la ampliación de los márgenes de la libertad de decir, de la libertad de pensar. Hay que haber atravesado el desgarramiento de un proceso analítico para reconocer lo difícil que es el movimiento de conquista de esta libertad de pensamiento, movimiento realizado siempre en una lucha intensa contra los abrochamientos imaginarios con que las pasiones anudan el pensamiento”. (BLEICHMAR, 1987, p. 6)

Un análisis de las condiciones de aplicación del método revela a la ética como un vector fundamental de la transferencia y de la dirección de la cura. Cuestiones como la abstinencia, la neutralidad, el encuadre y el contrato analítico son concebidas desde un emplazamiento ético del analista que apunta a la resolución del sufrimiento del paciente al interior de una propuesta humanizante: “[...] nuestra práctica deviene ética precisamente por la abstinencia de enjuiciamiento moral, por la acogida benevolente respecto al decir y hacer del otro, por la puesta en suspenso de toda disputa respecto a las formas de resolución de vida práctica” (BLEICHMAR, 2005c, p. 36). La rigidización técnica o la reducción del analista a una mera función desencarnada pueden conformar una coartada encubridora de su angustia, reforzando su arbitrariedad y desimplicación subjetiva ante el sufrimiento del otro. La presencia del analista, soporte vivo de la transferencia –en nada comparable a un muerto–, se ofrece como sostén ante el desprendimiento de angustia que inevitablemente acompaña el transcurso del análisis.

Las conceptualizaciones que hemos expuesto de manera sucinta, inauguran nuevas vías de pensamiento y simbolización acerca de la estructuración del sujeto ético, y de comprensión de su incidencia en el horizonte social:

Es esta condición de base de la transformación del cachorro humano en ser humano la que genera la expectativa de reencuentro con la solidaridad y el compromiso con el otro humano, en razón de que el semejante no puede dejar de arrancarnos, con su presencia tensionante, del egoísmo. Es el hecho de que nuestra vida haya sido valiosa, amorosamente, desde su inicio mismo, para otro, y que su vida a su vez haya sido la condición misma de nuestra existencia, no sólo material sino subjetiva, lo que constituye el fundamento de la Ética como reconocimiento de nuestra obligación hacia el semejante. (BLEICHMAR, 2007, p. 70-71)

En esas situaciones se torna notable la insuficiencia de un prescriptivo que pretenda encorsetarse en supuestos principios inamovibles, como así también ciertas categorías conceptuales que entorpecen la comprensión metapsicológica y promueven un engañoso alivio bajo la forma de enunciados tales como “no hay demanda”, “no se instaló la transferencia” o “el sujeto no se implicó en su síntoma”. Muchas de estas expresiones revelan una coartada que mitiga la angustia que genera la resonancia afectiva frente al padecimiento del otro y son compatibles con la propuesta que reduce al analista a una mera función deshabitada del sujeto real que la encarna.

Pensar al espacio analítico como lugar de neogénesis comporta considerar la posibilidad de construir ligámenes y sistemas representacionales capaces de transformar la repetición en novedad, de dar origen a nuevas posibilidades simbolizantes que alejen al sujeto de una inercia mortificante: “[...] la cura es lugar de neogénesis del sujeto sexuado: tanto en las nuevas vías que abre para el establecimiento de lo sexual como en su ordenamiento en sistemas que inauguran destinos diversos para el placer y la sublimación” (BLEICHMAR, 1993, p. 295). Y, simultáneamente, experimentar también una transformación profunda como analistas –es decir, como sujetos– que nos arranque de la pasividad y la parálisis para cooperar con quienes nos

consultan buscando auxilio en la creación de experiencias subjetivas que hagan más habitable la vida y en la ampliación de los márgenes de libertad para el despliegue de la potencia imaginativa y deseante.

Me gusta pensar que, así como en la historia de la literatura se localiza a Sartre y Camus como fuentes de una concepción que liga indisolublemente a la literatura con el compromiso (*engagement*), una articulación semejante puede extraerse del psicoanálisis que Silvia nos propone. No se trata de una adjetivación –un psicoanálisis comprometido–, sino del psicoanálisis como compromiso. Lalande (1951), en el *Vocabulario Técnico y Crítico de la Filosofía*, define: “Un pensamiento comprometido es, de un lado, el que lleva en serio las consecuencias morales y sociales que él implica, y de otro lado, es aquel que reconoce la obligación de ser fiel a un proyecto (en la mayor parte de los casos colectivo) en que él previamente adoptó un principio” (p.283).

El Psicoanálisis como compromiso implica reconocerlo como la teoría en la que reside la defensa más importante de la subjetividad como producción histórica que se haya desplegado desde los comienzos de la humanidad y la praxis con mayor capacidad de transformación del padecimiento psíquico. Compromiso que no puede eludir la responsabilidad de las y los analistas no solo con aquellos que demandan su intervención clínica, sino también con la historia y los proyectos colectivos.

Referencias

BLEICHMAR, S. *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.

BLEICHMAR, S. *La fundación de lo inconciente*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

BLEICHMAR, S. *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.

BLEICHMAR, S. Un modo de pensar nuestro tiempo. En: *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía, 2005a.

BLEICHMAR, S. Acerca del malestar sobrante. En: *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía, 2005b.

BLEICHMAR, S. Norma, autoridad y ley. Bases para la redefinición de una legalidad en psicoanálisis. En: *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía, 2005c.

BLEICHMAR, S. *No me hubiera gustado morir en los 90*. Buenos Aires: Taurus, 2006a.

BLEICHMAR, S. Sobre la puesta de límites y la construcción de legalidades, *Actualidad psicológica*, 348, p. 2-4, 2006b.

BLEICHMAR, S. El sostén subjetivo de una ética. En: *Dolor país y después*. Buenos Aires: Ediciones del Zorzal, 2007.

BLEICHMAR, S. *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*. Buenos Aires: Topía, 2009.

BLEICHMAR, S. *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós, 2011.

LALANDE, A.. *Vocabulario Técnico y Crítico de la Filosofía*. Buenos Aires: El Ateneo, 1966.

Revisão gramatical de **Bruno dos Santos Konkewicz**

Revisão técnica de **Clarissa Salle de Carvalho**

Facundo Blestcher

Pte. José E. Uriburu 115 2F (1027)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires – Argentina

facundoblestcher@gmail.com

© Facundo Blestcher